EL ENCARGO

Recibió la orden, como tantas otras veces, en un mensaje encriptado a su teléfono móvil de prepago. Lo repasó varias veces, como siempre hacía, y, tras cavilar unos eternos minutos sobre los pros y los contras de aquel encargo, mandó su respuesta de aceptación. Sin duda, aquel iba a ser el trabajo más complicado de su dilatada carrera.

Fue al baño y, mientras orinaba, pensó que tal vez se hubiese equivocado al decir que sí tan rápido; el riesgo era inmenso, eso estaba claro. Finalmente, borró todas esas dudas de su cabeza antes siquiera de subirse el pantalón y destapó la botella de vodka de importación de las grandes ocasiones. Se sirvió una generosa copa de alcohol soviético de cuarenta y dos grados, haciendo crujir a un par de sorprendidos cubitos de hielo que no se esperaban ese repentino chapuzón, y se sentó a la mesa del salón. Tras paladear el primer sorbo de su bebida favorita, sonó un tímido bip y comprobó en su teléfono móvil que el cliente ya había transferido a su cuenta de las islas Caimán la mitad del importe del trabajo por adelantado. La cantidad era enorme. Si todo iba bien, este sería su último encargo, eso seguro.

Más tarde, tras apurar el último trago de vodka, seleccionó un arma, la cargó con una bala de punta hueca y le enroscó el silenciador: “El ritual de siempre”, pensó a la vez que esbozaba una tensa sonrisa. Por fin, introdujo el arma en su cavidad bucal y apretó el gatillo sin dudar un solo segundo. Un minuto después y con la habitación en completo silencio, sonó un nuevo bip en su móvil: la segunda mitad del pago por su propio asesinato acababa de ser ingresada en las Caimán.